

LA CURACIÓN DE LA AGRICULTURA es también un problema de colaboración económica

Con el desarrollo creciente de la agricultura ecológica en conjunto y la biodinámica en particular, debido a las primas para la transformación ya concedidas en ciertos países y a la apertura de los países del Este entre otros motivos, se vuelve urgente elaborar las bases de unas relaciones económicas sanas. Asuntos como la emisión televisada alemana Die Bio-Lüge (comentada en los cuadernillos de los números 2 y 4 de Demeter informa) no hacen más que subrayar la urgencia de elaborarlas. El presente artículo nos invita a pasar a la acción.

La agricultura constituye hoy una base indispensable para tres ámbitos vitales: el natural, el alimentario y el económico. La aparición de tendencias patológicas en la agricultura arrastra a estos tres ámbitos a la enfermedad. Pero al revés, estos tres ámbitos se pueden también curar si la agricultura tiene buena salud.

La problemática de la situación

Mientras en la producción agrícola y agroalimentaria se conoce las vías que conducen hacia la curación de la agricultura mediante el aporte de siempre cada vez más apoyo a estos ámbitos, incluso aunque aún sea demasiado escaso, en el ámbito económico justo acabamos de alcanzar el estadio en que los problemas se han vuelto críticos. La reciente reforma de la Política Agrícola Comunitaria va a modificar cierto número de cosas, pero las ayudas invertidas directamente en agricultura seguirán siendo importantes, según parece. Más del 60 % de las subvenciones de la CEE se dedican a la agricultura; las ayudas estatales dedicadas a la agricultura son superiores a la producción agrícola total; nuestros silos se desbordan mientras hay personas hambrientas en otras regiones del mundo... y a pesar de ello las condiciones para la subsistencia de los agricultores se hallan amenazadas. Ésta sólo es una descripción parcial de los síntomas. Pero la pregunta sobre cómo llegar a una agricultura sana en el plano económico, no ha hallado hoy una respuesta convincente, tanto en el plano práctico como en el teórico. Lo muestran de modo evidente el bloqueo de las negociaciones del GATT -que dura ya numerosos años y proviene de integrar a la agricultura en estas negociaciones- y el debate sobre una política agrícola "Justa" en la CEE. Pero la resolución de este problema reviste una importancia considerable. El "ingreso agrícola insuficiente" destruye la posibilidad de existir de los agricultores, incluso en regiones que los necesitan de modo urgente, y ellos pugnan por emplear métodos que aumentan los rendimientos, que llegan hasta la manipulación genética -en caso extremo van a actuar en desacuerdo con su propia conciencia-, aceleran la racionalización y la automatización, conducen a grandes explotaciones agrícolas especializadas, etc. y con esto impiden el respeto al ser humano y a la Naturaleza.

Desde que se habla de este modo, los ciudadanos empedernidos se horrorizan. ¿No hemos hecho ya suficiente por la agricultura? ¿Deben aumentar aún más las subvenciones? ¿No son los agricultores unas plañideras profesionales que se quejan siempre? ¿Por qué se debe privilegiar a la agricultura mientras sólo el 5 % de la población activa la trabaja? Estos argumentos publicados en primera plana de los periódicos no hacen más que revelar la falta de comprensión por los problemas agrícolas pero tocan también en parte de modo justo una política económica inadecuada. ¿Qué se puede hacer?

Vías hacia una solución

Actualmente la respuesta debe buscarse en ambas direcciones. Una de las direcciones se orienta claramente hacia la política agrícola pues aún residen en ella los resortes decisivos de la evolución futura. Por esta razón no debemos abandonar la política en manos de los políticos, porque los reglamentos que publican afectan a nuestras propias condiciones vitales y laborales.

Pero de este lado, provenientes de la agricultura biológica o biodinámica, no existen aún prácticamente proposiciones; todo lo más son exigencias para asegurar su propia existencia. Sin desarrollar más estas consideraciones políticas, de todas formas hay que decir que ya no es posible vislumbrar una modificación adecuada al futuro de la política agrícola sin una responsabilización personal y una autogestión de la agricultura y de la economía. Pero los centros de poder político están de lejos del ciudadano, de modo que la mayoría mira la política con resignación.

Por tanto es de lo más importante involucrarse en la segunda dirección, es decir la de no sólo exigir a los demás, sino de enfrentar uno mismo los problemas propios. Si los miles de agricultores, elaboradores y comerciantes así como los centenares de millares de consumidores tomaran conciencia de su responsabilidad económica y de su competencia, entonces se formaría, más allá de la política, un potencial formidable que permitiría crear por sí mismo las condiciones deseadas. Pues la realización concreta es más eficaz que los debates políticos. ¿Pero qué pasos podremos dar para comprometernos en esta dirección?

Puntos de vista fundamentales

1. La base es cultivar el sentimiento de que cada parte del acto económico sólo conseguirá sus objetivos cuando las demás aporten también su contribución. Ni el agricultor biodinámico, el elaborador de productos esenciales, el comerciante o el consumidor puede existir sin los demás. No son competidores sino colaboradores con una preocupación común. El espíritu de reconocimiento hacia el colaborador económico jamás debe perderse totalmente en los choques de la vida económica cotidiana.

2. No se puede crear esta colaboración sobre el papel; hay que vivir en un encuentro real con el prójimo. Por este hecho, es una necesidad urgente crear órganos de encuentro adaptados para un trabajo de colaboración. Es importante que estos órganos tengan fines reales y no sólo sean asociaciones plañideras, donde cada persona venga a contar sus desgracias, pues este tipo de reunión paraliza las fuerzas de iniciativa y nuestro tiempo es demasiado precioso para perderlo así.

3. La base de interés común puede ser el tipo de actividad (cultivo, distribución, etc.) o la región que reúne los diferentes ramos de actividad. Es posible crear vínculos entre estos dos tipos de estructuras (estructura de ramo o estructura regional) evitando que se mezclen.

4. Estas sociedades están formadas por colaboradores vinculados voluntariamente, pero mediante contratos de colaboración que anuncian la voluntad de hacer común el camino que conduce a la solución de un problema. En el marco de una sociedad de éstas, todos nos responsabilizamos de la situación del prójimo.

Cuando se propone tal nivel de contrato como obligatorio, siempre se replica que no hay necesidad de contrato puesto que se está de acuerdo en los objetivos y que, en cualquier caso que los objetivos no coincidan, un contrato no serviría de nada. La única verdad en esta afirmación es que, en el primer caso, es un juego de niños rellenar el contrato. Los contratos sólo sirven cuando hay dificultades. En este caso, es justamente el hecho de que se pueda confiar en el colaborador, lo que permite superarlas. Los contratos no fijan los acuerdos existentes sino que dan la posibilidad de crear acuerdos. El argumento contra los contratos sólo sirve para proteger los intereses propios y mantener la posibilidad de comportarse de modo arbitrario.

5. Estas sociedades exigen que las personas sean abiertas y auténticas. Ahí donde falta la información, se pierde la facultad de juicio. En su lugar aparecen la sospecha, la desconfianza y los reconcomios. Y ello lleva consigo la disgregación social.

6. La colaboración basada en estas sociedades vive con la seguridad de que cada cual actúa en función de los puntos de vista desarrollados en las reuniones. Para el proceso es fatal que las personas fijen los actos que van a cumplir ya antes de la reunión de intercambio, y que traten de persuadir a los demás o en el mejor de los casos a informarles. Este modo de hacer, conduce a debates estériles sobre los pros y los contras. El único comportamiento fecundo en el plano social es extraer los impulsos conducentes a acciones, sólo en el transcurso del intercambio. El comportamiento de "puede decir lo que quiera, haré lo que me parezca", no sólo destruye cualquier sociedad sino que también es un acto de autodestrucción.

7. Las reuniones de intercambio también pueden conducir a la observación de que es deseable suprimir ciertas actividades. Ello exige que se esté dispuesto a renunciar a ciertas cosas para dejar lugar a alguna otra mejor. De hecho, este comportamiento es la expresión del ser humano libre, mayor de edad, que quiere hacer lo que le dicta la razón. Pero la práctica económica cotidiana muestra que tales actos de renuncia no puede cumplirlos una persona sola en el plano económico. El compañerismo exige solidaridad en el plano económico para permitir al prójimo dar este paso. Sólo así se llegará a superar la necesidad de crecimiento de cada empresa.

8. En consecuencia, una sociedad de estas activa, exige también un enfoque especial en el plano económico. Para ello, las personas que tienen la imaginación social y la competencia deseada, pueden hallar diferentes formas una vez que han percibido el interés de este trabajo y si tienen la voluntad de involucrarse. Esto implica la colaboración hasta en el ámbito de las finanzas y de la banca.

9. La formación de estos órganos sociales debe seguir las reglas de la autogestión. Estas reglas prescriben que un órgano superior sólo asume las tareas que no pueden cumplirse a nivel inferior. Se trata del principio de delegación de abajo hacia arriba o también del principio de "subsidiariedad". Así, la creación de tales órganos no escamotea la libertad, sino que por el contrario favorece las iniciativas individuales. La formación de tales organismos autogestionados se desarrolla de este modo hacia el encuentro de la política y podrá, a largo plazo sustituirla en gran parte.

Y el futuro

Observando la gama de los productos naturales, se señalará que nos encontramos en un umbral en que la solidaridad del comienzo corre el riesgo de ser destruida por el peso de los intereses personales. Se puede lamentar este hecho y describir las peores consecuencias. Pero todo ello no servirá de nada si los participantes (agricultores, elaboradores, distribuidores y consumidores) no hallan la fuerza necesaria para elevar la solidaridad a un nivel superior y alcanzan una auténtica colaboración. A todos los niveles de participación, se puede observar que las personas están cada vez más dispuestas a ello, pero ahora faltan las acciones. Sería deseable que las fuerzas que hoy se gastan en hallar todas las objeciones imaginables, se metamorfosearan en impulsos positivos. Al igual que falta el compromiso por parte del agricultor para reencontrar la calidad de los productos y del paisaje agrícola, y que una alimentación de calidad exige un comportamiento equivalente por parte de los consumidores, igual el desarrollo de una nueva calidad social de colaboración exige los mayores esfuerzos. No existen soluciones simples.

Udo Herrmannstorfer
Demeter Blätter n° 50
Lettres aux Amis des Champs et des Jardins n° 165